

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID

	Ptas.	Cts.
Un mes.....	1	
Un trimestre.....	2	50
Un semestre.....	5	
Un año.....	10	

PROVINCIAS

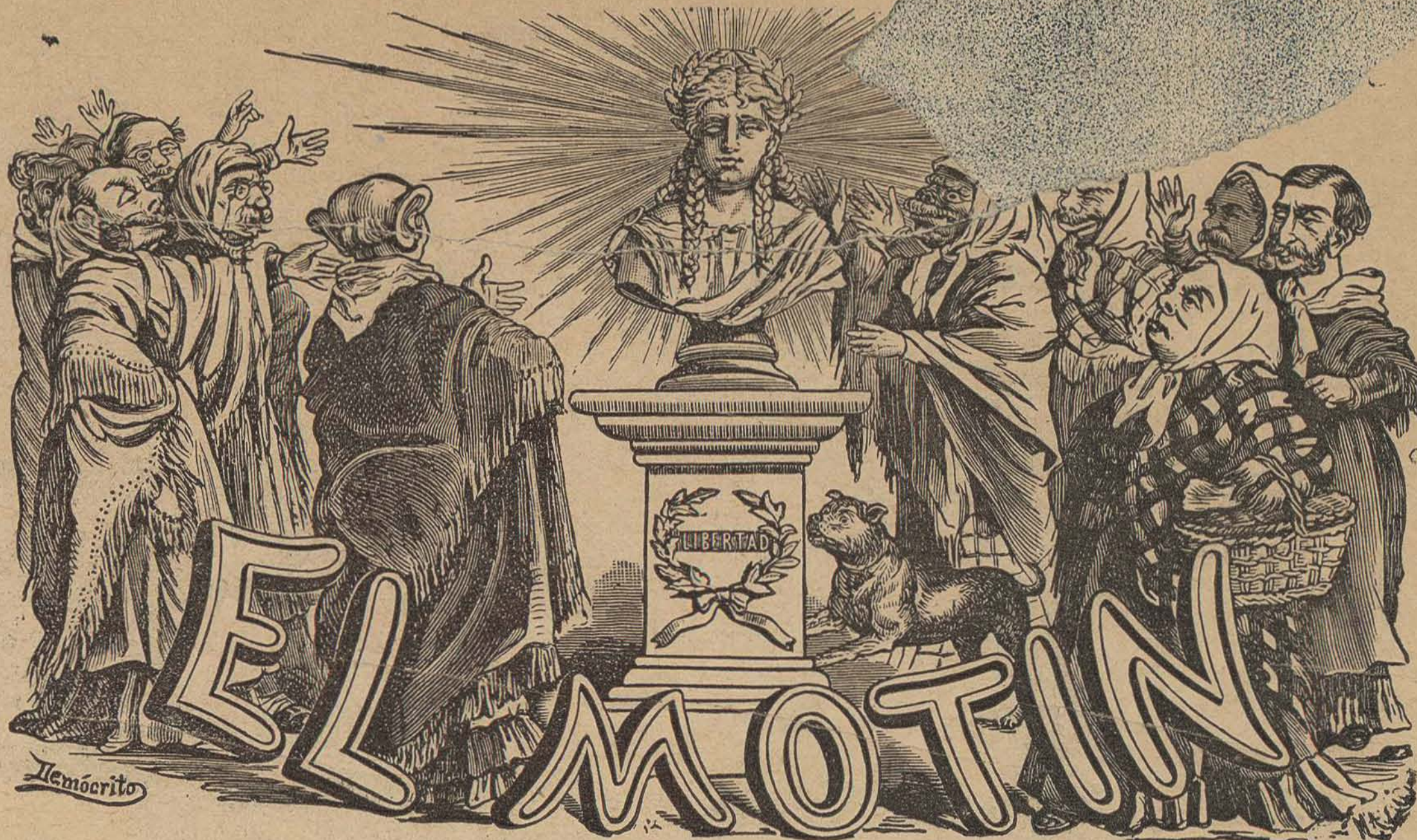
Tres meses.....	3	
Seis.....	5	50
Un año.....	10	
Extranjero y Ultramar.	3 pesos	

CORRESPONSALES

25 números de EL MOTIN.....	2	50
Idem del SUPLEMENTO.....		75

NÚMERO EXTRAORDINARIO

30 céntimos.



ADMINISTRACION

SAN BERNARDO, 94, PRIMERO DERECHA.

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al Administrador del periódico.

Centros de suscripción: [En Madrid: librería de los Sres. Hijos de Fé, carrera de San Jerónimo, núm. 24, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.

Habana: D. José Pozo, Obispo, 32.

NÚMERO DEL EXTRAORDINARIO

30 céntimos.

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

LA ESCOBA Y EL CARRO

—Sucia misión la nuestra, compañero.
—No tal, pues se nos debe la limpieza.
—¿Mancharse de inmundicia, no es vileza?
—Yo como abnegación lo considero.
—Jamás sentiste el asco, á lo que infiero.
—Ni tú tampoco, dilo con franqueza:
Tan tranquila remueves la impureza
Como proveo yo el estercolero.
—Cierto es que sin cuidado me ha tenido
Sumergirme en el charco y la letrina,
O amontonar lo sucio y lo podrido;
Mas hoy la repugnancia me domina
Al tener que barrer ese partido.
—¿Cuál?—El conservador.—¿Qué asco, vecina!

BIEN POR MAL

Conservadores clericales, os escupo á la cara.
¿Que es esto una cobardía hallándoos caídos?
¡Mentira! Quien os combatió incesantemente
mientras estuvisteis en el poder, desafiando
vuestras iras y arrojando vuestra saña, bien
puede ahora pisotear sobre vuestra inmunda
fosa, sin temor á que nadie le aplique aquello
de «á moro muerto gran lanzada.»

Por mucho que os diga hoy, nunca llegaré á
deciros tanto como cuando érais omnipotentes
y teniais á vuestras órdenes fiscales, policía y
despreciables instrumentos gubernativos.

Conque á poner el rostro, si quereis recibir
esa honra, ya que yo no pueda resistir al deseo
de devolveros bien por mal.

EL FANGO AL FANGO

Caen, y ¿cómo? Como cae la fruta, no madura,
sino podrida, del árbol que la produjo.

Los conservadores, foco de todas las impurezas,
¿qué hay que no hayan corrompido?

Tocaron al sufragio y surgió el caciquismo;
á la administración y revivió la irregularidad.

Proclamaron el respeto á la propiedad y crearon
propietarios de la nada, merced á subvenciones
de bandidos, á indignas ventas de secretos
de Estado, á tolerancias con tahures, á complicitades
con agiotistas.

Hicieron ministros de lacayos serviles y generales
de aprovechados traidores.

Fué su misión infestar y su procedimiento el
contagio. El cólera no obraría de otro modo.

Los miasmas de su podredumbre se extendieron
hasta la honra de la patria, y las frialdades
de Italia, y las amenazas de Inglaterra, y los
desvíos de Francia, y los desabrimientos de
Portugal, ayudaron á la piratería de Alemania,
que selló con un bofetón y un robo la ejecución
de su villanía.

Su historia la constituyen los escamoteos á los
inundados de las provincias de Levante; á los
arruinados por los terremotos de Andalucía;
manchas de sangre de la vertida en la calle de
la Fresa y en los muros de Gerona, manchas
que, como la de mora solo se quita con el zumo
de la mora verde, solo se quitará con sangre
fresca, con la de esos tráfugas de todos

los partidos, con la de esos traidores á todas las
causas, *condottieri* de venganzas indignas, que
por llamarse algo, y porque una filiación política
les sirva de salvaguardia, se llaman... no; se
llamaron conservadores.

Su contacto debe ser y será esquivado por las
gentes honradas; pero no basta eso. La escoba
de la dignidad debe barrerlos y el fango que
representan debe volver al fango.

No es ya la moralidad por ellos invocada,
como lo es siempre por la prostituta vergonzante;
no la decencia que solo deben á la ropa hurtada;
son el decoro nacional, el honor patrio que os gritan:
«el exterminio de los conservadores, más que
cuestión nuestra, es cuestión de Higiene.»

Segun ella, todo foco de inmundicia es pernicioso.

EL PELIGRO Á DISTANCIA

En el calor del combate, cuando la sangre
hierva, el instinto de la defensa se impone, y el
deber aconseja el ataque, no se ve el peligro: solo
después, terminada la lucha, es cuando se advierte.

Esto nos ha pasado con los conservadores clericales.
La necesidad de defendernos y el deber de atacarlos,
nos impedía apreciar en toda su extensión la sima
de ignominia en que habíamos caído. Hoy la vemos,
y nos asusta.

Aquí, durante su mando, no ha habido respeto
para nada ni para nadie; ni más ley que su capricho,
ni más justicia que su voluntad.

Todo lo han escarnecido, todo lo han hollado:
lo mismo la toga del juez que el uniforme del militar;
el birrete del catedrático que la investidura del diputado.

Las manifestaciones del sufragio electoral han sido
ahogadas; la sangre de los niños ha corrido; las
madres lloran por la suerte de sus hijos.

Nadie ha gozado un punto de tranquilidad ni de
reposo; la mofa y la ironía han respondido á las
quejas de la opinión; el insulto y la injuria han
sustituido al razonar severo.

Los ministros han apelado á la insolencia y á la
desvergüenza para defenderse en el mismo santuario
de las leyes; sus esbirros han atropellado todo derecho.

Han inventado conspiraciones ridículas para tener
en alarma continua al país; han preparado infames
emboscadas para cazar militares valerosos; han
apelado á la calumnia para manchar reputaciones
intachables; han asesinado á ciudadanos pacíficos.

La industria ha estado á punto de perecer en sus
manos; la agricultura no ha prosperado por las
trabas que le han puesto, y en cuanto al comercio,
hable la manifestación del día veinte de Junio en Madrid.

El clericalismo ha dominado como nunca; el
púlpito se ha convertido en cátedra de difamación;
las órdenes religiosas se han extendido por toda
España, amenazando tragársela.

En el extranjero, se nos ha despreciado, se nos
ha humillado, se nos ha despojado; dando

nosotros satisfacciones degradantes á los fuertes y
amenazando con insolencia á los débiles.

En suma, hemos sufrido todas las vergüenzas y
soportado todas las infamias; y hoy, al hacer con
calma el balance de la situación clerical, exclamamos
con alegría y sonrojo mal disimulados:

¡De qué cloaca hemos salido!

LA BASURA

Tapaos las narices, que el hedor es inaguantable;
cerrad cuidadosamente la boca para no aspirar las
emanaciones de infamia que se desprenden, y asomaos
á los balcones: va á pasar el partido conservador.

Aunque en vida fué cobarde con el fuerte y no ha
habido gobierno extranjero ante quien no haya doblado
la cabeza; aunque fué sanguinario y cruel con el
vencido, le pasa sin embargo lo que al Cid: no necesita
alquilar planideras que le lloren; cuantos en el país
viven del vilipendio están inconsolables.

Todos los agiotistas, desde el que se enriquece
matando presidiarios, ó pobres en los asilos, con los
géneros averiados que suministra, hasta el que vende
por dos mil duros un secreto de Estado, marchan
llorando tras ellos. La moralidad en perspectiva les
aterra.

Ved esos rostros feroces afeados ahora por el
miedo; ahí van los dignos sucesores de los Faru-
cos y Castrolas que camparon á sus anchas en el
primer período de la dominación canovista. También
lloran ante el temor de que los sables que en la
Puerta del Sol hieren á los ciudadanos pacíficos y en
la Universidad á inermes niños, puedan volverse
contra ellos. El árbol conservador los cobijaba, y el
árbol cae podrido, ¡pobres bandoleros!

Detrás, en apretado montón y lanzando lastimeros
ayes, van la prostituta que trocó en su tiempo la
cartilla por el carruaje, el asesino invisible para la
policía ocupada en preparar conspiraciones y perseguir
vendedores de periódicos, la beata embaucadora, el
charlatan curandero, el tahur y el cofrade organizador
de rifas; todos temerosos de perder su libertad ó de
mirar arruinadas sus productivas industrias.

Pero ¡ay! los más tristes, los que con más pena
los acompañan, son esos que forman compacta masa
oscura y que parecen sus próximos parientes.

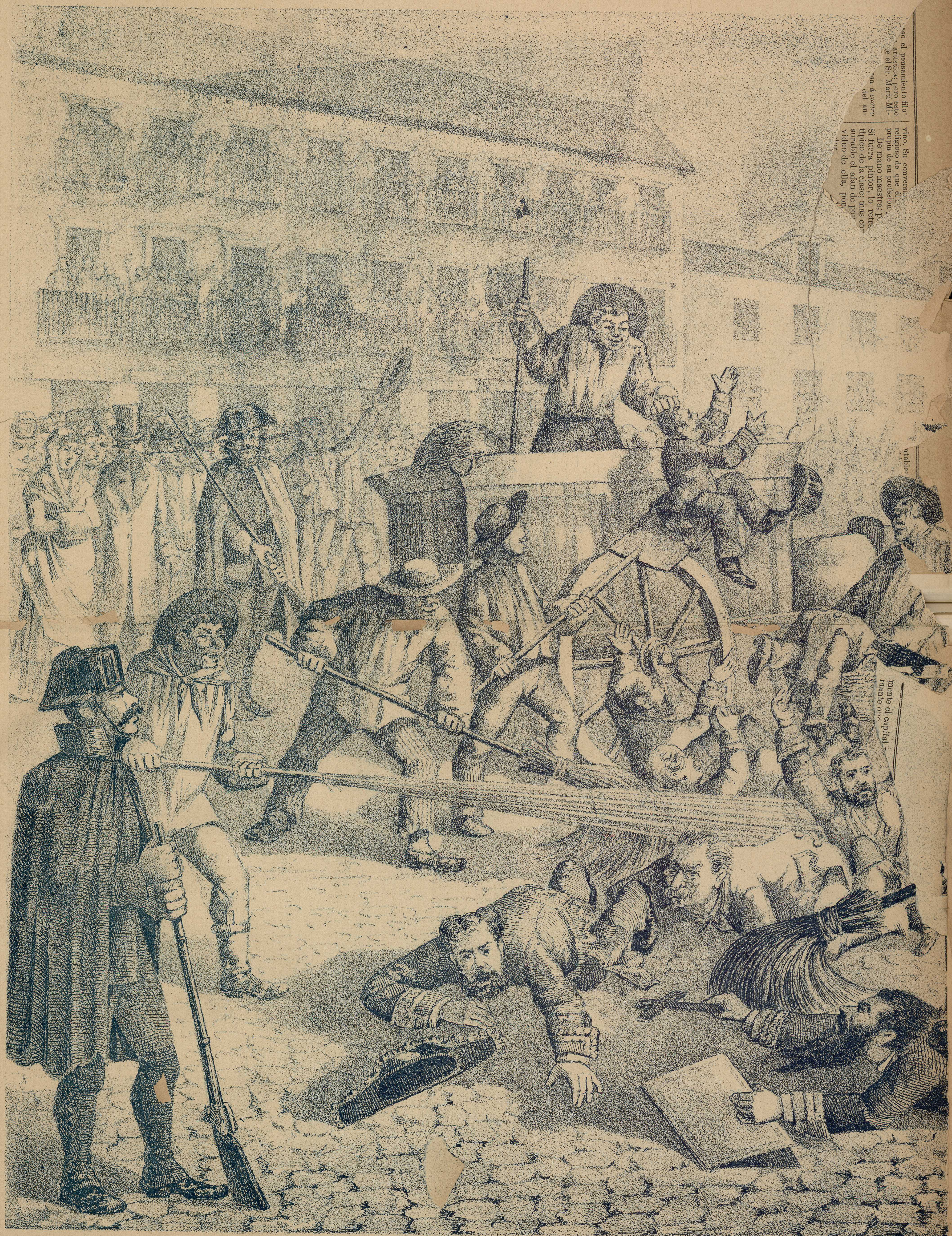
Reparad y observareis cómo se destaca el hocico
de zorro del jesuita junto á la cara de pacho del
franciscano, la recia musculatura del presbítero
trabucaire al lado de la redonda panza del canónigo.

Ven cercano el día en que tendrán que abandonar
este suelo que los conservadores les permitieron
explotar, y lloran por su causa perdida, no por ellos.
La gratitud jamás vistió sotana.

¿Que van silenciosos? Es claro; los que se van solo
dejan trampas y no dinero para remunerar las preces,
y sabido es que el clero ni á Dios le canta de balde.
Si ha de alabarle, tienen que pagárselo los fieles.

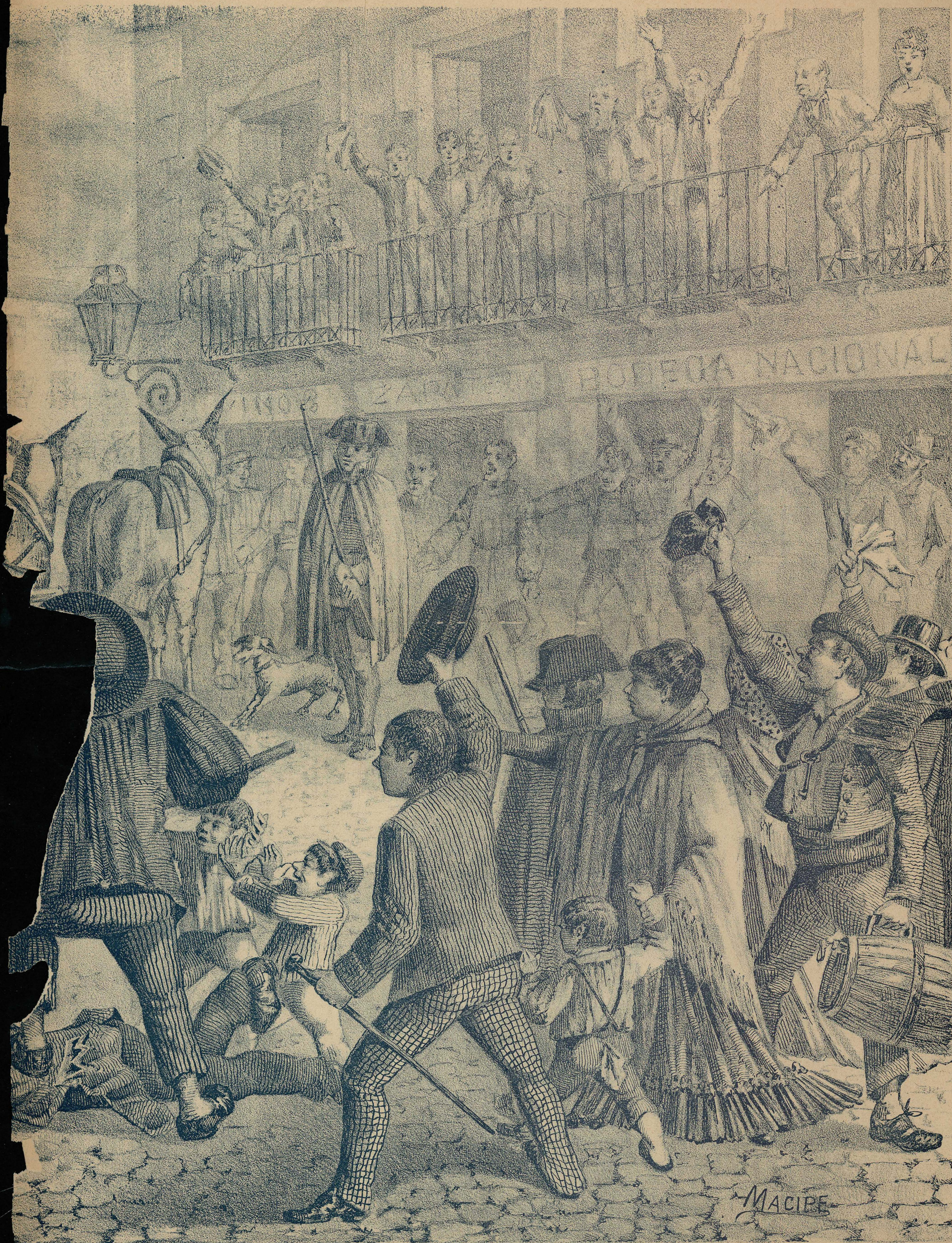
Ea, ya pasó la asquerosa comitiva, digna de

so al pensamiento filo-
artístico, pero esto
e el Sr. Martí Mi-
sa á cuatro
vino. Su convenci-
religioso de que el
propia de su profesión.
De mano maestra; p.
Si fuera pintor, lo reñe-
típico de la clase; mas con-
vicio de ella, por



CAIDA DEL MINIS

OTIN



PERIO CLERICAL.

esos miserables que van á caer en la cloaca.
Escupid, y retiraos alegres y satisfechos.
La honradez puede ya salir á la calle.

EL LEGADO

No me refiero al del poder que recogen los fusionistas. Con su pan se lo coman. El hambre imperando, la guerra civil en puerta, la honra de la patria por el suelo y sus posesiones en litigio, muchas apostasias que pagar y muchos apetitos que satisfacer, y contra todos estos males, contando solo con los mismos procedimientos y las mismas cortapisas que los conservadores usaron y tuvieron, los colocan en una situación tal, que solo el desmesurado afán de mando y el entrañable cariño al presupuesto, que siempre los distinguieron, puede hacerles aceptar de buen grado.

Es una triste herencia la suya, que la falta de aprension, ó como se llame, les mueve á considerar como llovía del cielo. Pero no son ellos solos los herederos; también nosotros los republicanos nos llamamos á la parte y recogemos un legado de los conservadores; un pagaré escrito con sangre que, ó no tenemos vergüenza, ó haremos efectivo algún día.

Nos debían las vidas del asesinado en la calle de la Fresa; de los Ferrandiz y Vellés; nos debían las lágrimas de tanto supuesto conspirador encarcelado y perseguido por ellos; la sangre que manchó los claustros de la Universidad y la vertida en la calle de los Negros, y han caído sin pagarnos tanta deuda.

Pero la pagarán. Importa poco que confien en su alejamiento del poder y en el olvido criminal que ha hecho siempre aquí poco temibles á los partidos revolucionarios. Hoy su cualidad distintiva es una gran memoria, y en su código no prescribe el crimen.

Si ahora y por algún tiempo se juzgan al abrigo de esa última y más grande expresión de la justicia que se llama venganza, dejémosles en su engañadora tranquilidad, para que, como otras veces, no huyan al extranjero con los capitales debidos al agio á fomentar cobardemente la guerra civil, pero mantengamos vivo el recuerdo de sus infamias para el día del triunfo.

Cobraremos entonces el capital y los intereses, que serán mayores á medida que se alargue el plazo; y cuando éste se cumpla, cuidado sobre todo con escuchar á los que imploran perdón, pues ellos no escucharon á España entera que lo imploraba para los mártires de Gerona.

Sabido es que siempre el oro, aunque sea robado, encuentra servidores, y esos son miserables pagados que defienden las casas y haciendas de los vencidos cuando el pueblo triunfa, y le excitan á la piedad.

Y la piedad hacia esa gente, es igual á la del que pudiendo aplastar la cabeza de una víbora, la dejase con vida. Una necedad; más aun, un delito.

Y los republicanos no pueden ser ni necios ni delincuentes.

A FERRANDIZ Y VELLÉS

Ilustres mártires de la mejor de las causas. Perdonadme si hoy llevo á perturbar la paz de vuestros sepulcros, para deciros:

¡Ya cayeron los infames que se jactaron indignamente de la cobarde hazaña de oponerse á vuestro perdón!

Si; ya no deshonran desde el poder á esta noble y honrada España, que pidió en masa vuestro indulto. Ya se hundieron entre el coro de maldiciones más grande que registra la historia contemporánea.

Los que invocaron la santidad de la ley para quitaros la vida, han muerto sin que una voz digna se alce en defensa suya.

No tuvieron compasión de vosotros y os asesinaron legalmente. ¿Legalmente? No; y ya se lo probaremos algún día.

Pero os asesinaron; esto sí. Lo que no pudieron impedir, fué que las lágrimas de todo el país cayeran sobre vuestra fosa, ni dominar el grito de indignación que exhaló el pecho de los hombres honrados.

Aquella rabia homicida, aquella sed de sangre, aquella borrachera de exterminio, horrorizó á este pueblo generoso y lo divorció por completo de vuestros verdugos.

Y como la sangre es bebida amarga, la vuestra, que empapó el suelo apenando todos los co-

razones, los ahoga hoy con aplauso de cuantos lloraron vuestra muerte y honrarán un día vuestra memoria levantando en el sitio donde caísteis fusilados, un monumento que recuerde, al par que vuestro sacrificio, la crueldad de la inícuca reacción.

Hasta entonces, dormid en paz, nobles víctimas de la mejor de las causas.

EXPLICACION DEBIDA

La campaña contra la reacción ha cesado en lo que tenía de más ruda, con la caída de los conservadores. Esta es á lo ménos nuestra creencia, hoy por hoy. Si nos equivocásemos, porque aquí lo inverosímil suele ser lo lógico en política, con volver á acentuarla, negocio concluido.

De un modo ó de otro, parécenos justo dar aquí las gracias más encarecidas, primero, á los suscritores de provincias que no nos han abandonado á pesar de no recibir el periódico antes bien nos han ofrecido apoyo y recursos; y después á los amigos y correligionarios que han demostrado gran empeño en hacernos aceptar dinero para sostener la campaña.

Unos y otros saben que, por más que no hayamos aceptado ni *un céntimo de nadie, y lo decimos muy alto para que se oiga en todas partes*, nuestro agradecimiento es profundísimo.

Porque no hemos obrado así por vano orgullo, sino por haber creído y creerlo todavía, que ningún periódico ni ningún hombre político debe sacrificar á sus correligionarios ni á sus amigos, mientras tenga un medio, uno solo, de defenderse por su cuenta. Explotar la desgracia ó la persecución, es tan indigno como explotar la honra ó la conciencia.

De toda esta campaña, dicho sea sin modestia, lo que más nos envanece, es lo que nadie ha visto: el defendernos con nuestros propios recursos, representados por una biblioteca formada á costa de trabajo y economía, y con los productos de la suscripción y de la venta en Madrid, sin atacar á una sociedad de crédito ni defenderla, ni buscar subvenciones que deshonran.

¿Que nos hemos arruinado? Nada importa, ante la grandeza del fin que perseguíamos: veinte veces haríamos lo mismo, si veinte veces nos viéramos en igual caso.

Y si ahora hablamos de esto, es para decir en general á nuestros amigos y suscritores, lo que hemos dicho particularmente á algunos:

«Mientras tengamos un libro que mal vender, un clavo en nuestras casas, ó una peseta de crédito personal, no aceptaremos nada de nadie. Después, sí.»

Y lo hubiéramos hecho sin escrúpulo. Afortunadamente no ha sido necesario.

SILUETAS Á LA PLUMA

CÁNOVAS

Narciso con figura de Vulcano, se cree el mayor mortal de los mortales; si ménos que divino, más que humano merced á sus talentos colosales. Apesar de los ripios de sus trobas, no es un hombre vulgar como otros ciento aunque mide el orgullo por arrobas, una por cada gramo de talento. Con disfraz de católico ferviente, su helado escepticismo recata de la gente, pero no existe tal catolicismo. ¡Cánovas es deista de sí mismo! ¡Si se descuida Jehová en la traza del mundo y sus afueras con cachaza, para solaz y gusto del demonio, Jehová se llamaría don Antonio. ÉL, CÁNOVAS, señor del orbe entero, le hubiera fabricado en un instante con ayuda, á lo sumo, de Romero, que también, á su modo, es un gigante. Como los dioses del insigne Homero, Cánovas semi-dios, tiene pasiones que se combaten en perpetua lidia, pension de los humanos corazones, y el talon de este Aquiles es la envidia. ¿Pues qué envidia el coloso? ¡Envidia tanto!... A Castelar, la fúlgida oratoria, que es de la gente admiración y encanto y es del tribuno inmarcesible gloria; á Romero Robledo, su teniente, la igual y alabastrina dentadura, porque, eso sí, Romero tiene un diente... ¡Cuánto daría él por la figura de Moret, el esbelto ¡pico de oro!

evangelista de la infancia nueva y además el canario más sonoro de la sentida copla de Juan Breva. Todos los grandes hombres tienen debilidades; evóquense los nombres de los que han sido honor de otras edades, y al par de sus grandezas, os cantará la historia sus flaquezas, Hasta el Sol tiene manchas y no pocas, probando que, en efecto, todo, fuera de Dios, es imperfecto, si no son manchas de viruelas locas. Pero Cánovas, ¡ah! Cánovas sabe más que todos los sábios de la tierra, incluso el docto y grave hermano de don Luis Fernandez-Guerra. Jenofonte á su lado es un Rada Delgado; Colón es un Ministro de Marina, Linneo un Catalina en miniatura, y eso que Catalina ha sido Director de Agricultura; Dante mismo, que mete tanta bulla, comparado con él es un Carulla; Franklin es un Ruiz Gómez, y Cervantes un Vicente Barrantes; Koch y Pasteur, aunque ambos eminentes, Taboadas y Lucientes, y el mismo Salomón, con ser quien era, un Conde de Tejada Valdosa. Desde el helado hasta el ardiente polo, como dijo Rubí, no tiene igual ni semejante, es solo, y es lo que digo yo: ¡más vale así! Estadista, y poeta, y artillero, historiador, filósofo, erudito, y orador, y teólogo y torero, su genio, como Dios, es infinito. ¡El cetro del saber su diestra blande! Cegados por el sol de su grandeza, ¿qué nos resta añadir? ¡Lástima grande que no sea verdad tanta simpleza!

CHIN-CHON.

(De *El Fiscal*.)

A EL BIZCO Y MELGARES

Muy altos y poderosos bandidos:

Todas las cosas en la tierra se hallan sujetas á mudanza, y es impropio de varones fuertes el abatirse ante el infortunio tanto como el ensoberbecerse ante la favorable fortuna.

Digoos esto, porque no labre abatimiento en vuestro ánimo la noticia de la caída de los conservadores, infausta únicamente para el gremio á que teneis la honra de pertenecer.

Comprendo lo terrible que será para hombres de vuestra ilustre prosapia, abandonar esa cómoda y productiva ocupación de robar impunemente en caminos y carreteras, cortijos y pueblos, villas y ciudades.

Tampoco se me oculta que la costumbre hace oficios de segunda naturaleza, y que, teniendo ya vosotros tan arraigada la de desbalijar al prójimo con tranquilidad y sosiego, se os hará muy cuesta arriba tener que luchar ahora con las dificultades que ocasiona el ejercicio de tan conservadora profesión, cuando no se cuenta con el apoyo de los amigos y correligionarios en el poder.

Mas como sois personas de buen sentido, comprendereis perfectísimamente que los tiempos hay que tomarlos conforme vienen, y que sería locura seguir en adelante ejerciendo en el campo la industria del robo, que con tanto provecho habeis ejercido hasta el presente, habiendo dejado de gobernar vuestros decididos y valerosos protectores.

Desoid las sugestiones del amor propio, que á tantos hombres de valer ha perdido, y pensad en que nunca la prudencia fué tachada de cobardía. Bueno es robar mandando los conservadores, aun cuando no sea más que por no hacer un papel ridículo entre ellos; pero mejor es todavía retirarse con las ganancias gobernando otro partido, no haga el diablo que naufrague en una hora de mala racha, lo que se agenció en años de viento bonancible.

Estas razones, honrados bandidos incapturables hasta hoy, me mueven á dirigiros la presente, dándoos el pésame más sentido por la caída de los conservadores clericales, bajo cuyo paternal mando habeis podido vivir, como dicen que estaba España en otros tiempos: *libres, felices é independientes*.

Y una vez cumplido este sagrado deber, solo me resta aconsejaros que no derrocheis loca-

reunido durante la etapa infame que acaba de atravesarnos, porque difícilmente volverá ocasión propicia para poder reponerlo.

Recuerdos á vuestros encoquetados amigos el día que ellos tengan la honra de estrechar vuestra noble mano, y mandadme lo que gustéis, hasta que yo, en justa correspondencia, pueda enviaros una pareja de la guardia civil que os conduzca á la trena, término merecido de vuestra gloriosa carrera, en unión de vuestros empujorrotados favorecedores.

DEUDA DE GRATITUD

Queridos auxiliares en esta campaña á muerte sostenida contra la reacción, cajistas, maquinista, mozos de imprenta, capataz Iglesias (el número uno de los capataces de periódicos), su ayudante Pepe García, repartidores, vendedores, y aquellos otros amigos cuyos nombres no podemos revelar; salud sin conservadores.

Pasada la borrasca que hemos corrido juntos, queremos daros aquí público testimonio de nuestro agradecimiento, porque sin vosotros, sin vuestra leal é incansable ayuda, sin vuestra abnegación, no hubiéramos podido salir adelante.

Maravillaba el veros trabajando con ahinco, sin desmayar nunca, por pillarle las vueltas á la chusma policiaca, siempre con un pié en la cárcel, donde tantos habeis permanecido días y días por conducir ó vender MOTINES.

Ira y vergüenza daba el ver con cuanta saña os perseguían por esas calles los miserables esbirros de la reacción, y con cuanta alegría os llevaban á las prevenciones, de allí al gobierno civil, y de allí á la cárcel.

Pero ensanchaba el pecho y regocijaba el ánimo el veros llegar corriendo á los puntos de venta, en cuanto os ponían en la calle, á echar, como en vuestro caló decís, EL MOTIN por cuya causa acabábais de estar presos.

La astucia y el ingenio que cada uno de vosotros ha derrochado para burlar á nuestros perseguidores, vale infinitamente más que los percances que hemos sufrido, y los disgustos que nos han dado.

Por todo lo cual, nosotros tenemos á mucha honra el daros las gracias á todos en este número que dedicamos á pisotear la fosa de nuestros enemigos, de quienes con perseverancia y abnegación hemos triunfado, y el exclamar arrogantemente:

«Con auxiliares como los que hemos tenido, se triunfa de toda persecución injusta.»

EPÍSTOLA CLERICAL.

«Querida Sinforosa: Antes de recibir el abrazo de costumbre, dale un beso de mi parte al chiquitín, que debe parecer un hombreco con el pantalón que le has mandado hacer. ¡Hijo de mi alma, y cuántas ganas tengo de verle!

Como te dije en mi última, á la cual por cierto no has contestado, el negocio de la canonía iba perfectísimamente, merced á aquellas cinco mil pesetas que me traje, sacadas de la hucha en que guardábamos nuestros ahorrillos, ó sean los bienes gananciales.

El socio de *La Unión Católica*, en cuyas manos las puse, es hombre práctico en esto de clavar canonías, y ya se las contaba muy felices, cuando cádate que un acontecimiento terrible vino á secar en flor el arbusto de mis hermosas esperanzas.

Acabábamos de salir del ministerio de Fomento, y estábamos tomando unas copitas de Jerez en la bodega Nacional, situada en la misma calle de Atocha, (de cuyo vino, entre paréntesis, te llevaré unas botellitas, porque es muy bueno) cuando pasó un chico con un *Extraordinario* anunciando la caída del ministerio canovista.

¿Te acuerdas cómo me quedé cuando aquella maldita bruja nos sorprendió en la sacristía al comienzo de nuestras relaciones? Pues te aseguro, Sinforosa de mi corazón, que aquello no fué nada comparado con lo que experimenté al enterarme de semejante noticia.

Si un hermano del dueño de la casa no me agarra, creo que me rompo la corona contra una cuba, porque caí redondo. No te asustes, porque al fin no fué nada, pero al más pintado hubiera yo querido ver en mi lugar.

Haber reunido á costa de tantos años de trabajo (nadie como tú lo sabe), unos mil quinientos duros, ya sacando almas del Purgatorio, ya

preparando funciones religiosas; un día respondiendo, otro cantando; este rifando un niño Jesús, aquel abriendo una suscripción para reparar la iglesia; todo con el santo objeto de ver si podía comprar una canonía para asegurarnos un pedazo de pan en la vejez, Sinforosa mía, y ver que de pronto, cuando creía tenerla ya en la mano, la caída de Pidal daba al traste con todos mis proyectos... ¡Oh que este golpe es superior á las débiles fuerzas de un pobre cura de pueblo como yo!

Repuesto algun tanto, traté de sondear el estado del ánimo del corredor de prebendas, y ¡cuál no sería mi asombro al ver que tras algunas frases indiferentes, acabó por decirme que no le quedaban más que unas tres pesetas de las cinco mil que le entregué, y que no podía, por lo tanto, ni siquiera facilitarme la cantidad necesaria para el viaje!

Pero ¡ay! no es esto lo que más te va á escandalizar, Sinforosa querida, sino el saber que me amenazó con acudir ¿á quién dirás? al excomulgado MORIN, si insistía en que me devolviese el dinero, para que publicara que yo había tratado de cometer pecado de simonía comprando un canonicato.

¡Yo, tu Ambrosio, saliendo á la vergüenza en ese papelucho inmundo é infame! No, nunca; primero perder todo cuanto tengo, exceptuando á tí y á Carlitos. Por esta razón renuncié á recuperar aquella cantidad, que así Dios permita la emplee en medicinas el canalla mestizo que tan impunemente me las ha robado. ¡Quién lo hubiera creído! ¡Un hombre que no salía de la iglesia más que para ir al ministerio de Fomento, y del ministerio de Fomento más que para entrar en *La Unión Católica*!

Todas estas desgracias y decepciones, con otras que te referiré á mi llegada, me han obligado, Sinforosa mía, á disponer para mañana mi viaje, empeñando al efecto el medallón con pelo (este lo saqué y lo envolví en un papelito que metí dentro del escapulario de la Virgen del Carmen) que me regalaste el primer día del cumpleaños que pasamos juntos bajo el mismo techo.

Si, tengo ansia por verme ya á tu lado y al de mi nene, para dedicarme á reponer la cantidad perdida, gozando de las delicias del hogar, ó para estar dispuesto á echarme al campo el día que mi amo y señor se digne ordenármelo. Si este hermoso día llega, solo le pido al cielo que ponga delante de mí al ladrón mestizo que me robó las cinco mil pesetas, para probarle que nadie se burla así del cura de tu corazón.

Un millón de besos al chiquitín y un abrazo para tí á cuenta de los que te dará muy pronto tu presbítero,

AMBROSIO.

Á ESE FERNANDEZ

¿Y eres tú, charlatan forrado en necio, Gallina con careta de valiente, El que á mansalva me llamó indecente Mientras honra te daba mi desprecio?

¡Pobre diablo! Te miro al golpe recio Doblar medroso la achatada frente, Y ni venganza el asco me consiente, Porque ahoga el rencor el menosprecio.

Tras perseguir sin aprensión alguna, Lo mismo en la antesala que en la alcoba, Y por todos los medios, la fortuna, Hoy ese lustre de oropel te roba, Volviéndote al montón que fué tu cuna, El justiciero impulso de la escoba.

ESCENA CONMOVEDORA

Por una de las carreteras de la provincia de Málaga avanza rápidamente un coche de colleras.

De pronto una voz formidable grita amenazadora: «¡Alto el coche, por aquí ni Dios pasa!» Detiénese éste, y en el mismo instante tres ginetes vestidos lujosamente á la usanza de los caballistas andaluces, aparecen interceptando el camino.

Uno de ellos, el mismo sin duda que antes diera la voz de alto—*Bizco*, grita; mira quién va dentro—y señalando al cochero:—tú, *Frasco*, ata á ese prójimo y echa para acá las maletas.

Oyese dentro del carruaje un grito de angustia, y un segundo después una elegante dama cae suplicante á los pies del hombre que acaba de abrir la portezuela.

Es la viajera ya jamona, pero bulle y lleva en el semblante ese sello de tristeza que marca un largo sufrimiento:

—No me mateis, exclama, y tomad cuanto tengo.

—No hay que apurarse; aléjese y descanse mientras destripamos esos mundos, dice el que parece el jefe, que nosotros no hacemos daño á las hembras barbianas.

Algo más tranquila levántase la dama, y mientras *Frasco* registra el equipaje, responde al interrogatorio, que en estos términos le dirige:

—¿De dónde se viene?

—De Madrid.

—¿Y á dónde bueno?

—A Málaga, y desde allí á cualquier parte donde no lleguen cartas ni periódicos.

—¿Pues que le han hecho á V. los papeles, buena moza?

La hermosa viajera calla y el *Bizco* prosigue:

—¿Y qué pasa por la corte?

—Lo que ya sabe V., que han caído los conservadores; y al decir esto, un profundo suspiro se escapa de su pecho.

—¡Rayo de Dios! prorumpen á una su interlocutores, y á esto siguen exclamaciones ménos cultas. ¿Pero es verdad lo que V. dice?

—Sí, por mi desgracia.

—Y por la nuestra.

—¿Por la de VV.? Pues son acaso...?

—Conservadores... del secuestro, y por lo tanto protegidos por los otros.

—¡Dios mío! murmura sin poderse contener la afligida señora. ¡Entre conservadores y en poder de un bizco! Inútilmente pretendo sustraerme á mi destino. ¡Cúmplase, Señor, tu voluntad!

—Oye tú, *Melgares*, dice entonces el *Bizco* á su compañero, mal va este negocio: hay que ponerse en franquía pronto con los metales, que es lo que harán nuestros correligionarios de Madrid, si no queremos perder la pelleja. Desde el momento que no mandan los nuestros, nos quedamos como pajarillos sin madre.

—Y pensar, exclama *Melgares*, que aun no hace dos días se han mandado los 10.000 reales al protector! A haberlo sabido no se chupa esa breva.

—Dejemos eso y andando. ¿Pero qué hacemos con esta prógima? ¿Si será también del partido, puesto que siente su caída? Diga V., señora, ¿es usted de los nuestros y escapa por si acaso?

—Huyo, sí, pero es otra la causa. Mientras los conservadores han estado en el poder, vivía tranquila. Ocupado su jefe en arruinar á la nación y envilecerla—perdon, señores bandidos, si hiero sus sentimientos políticos—no se acordaba de mi nombre y me veía libre de sus amantes coplas; pero hoy, libre de esos cuidados, volverá á sus sonetos y sus odas, y volveré á ser el ludibrio de críticos y gacetilleros.

Un gran sollozo le corta la palabra, y tanto dolor conmueve los corazones de *Melgares* y el *Bizco*, que le pregunta con interés.

—¿Es mi tocayo el gran *Bizco* el que la persigue?

—Sí, bizco es también.

—Luego, ¿V. es...?

—Elisa.

—¡*Frasco*! grita *Melgares*; vuelve á poner como estaba el equipaje de esta señora, y cuidado con que falte un hilo; desata al cochero y en marcha. ¡Pobrecilla! Bastante desgracia tiene.

Y dirigiéndose á la víctima: Vaya V. con Dios, señora, y descuide, que por nosotros nadie sabrá su paradero, dice saludándola con respeto: aunque llevamos esta vida, nos compadecemos de los grandes infortunios.

Y repitiendo, ¡pobrecita, pobrecita! se aleja con sus compañeros.

PASADO Y PRESENTE (1)

D. Juan I y las Cortes de Salamanca, mezclándose incompetentemente en negocios cuya decisión correspondía, según la disciplina de la Iglesia, al Concilio universal, dieron por nula la elección del Pontífice Urbano de Roma y por legal y válida la de Clemente de Avignon, durante el gran cisma de la Edad Media.

Enrique III se apartó de la obediencia de Benedicto XIII, sucesor de Clemente, y con acuerdo de una junta de obispos celebrada en Alcalá de Henares, declaró independiente la Iglesia española, reconociendo en ella todas las atribuciones pontificias. (2) Poco después Castilla volvió á reconocer por Papa á Bene-

(1) Véase el Suplemento al número 45.

(2) Hé aquí como empezaba este curioso documento: «Por cuanto nuestro Señor el Rey por sí é por todos los prelados é súbditos de sus reinos, é otrosí Nos los prelados é clerecía de los dichos reinos, en uno con el dicho Señor Rey nos habemos sustraído é quitado con gran justicia é razón de la obediencia de D. Pedro de Luna, electo que fué Papa...» Este acuerdo lleva la fecha de 4 de Febrero de 1399.

dicto. Enrique III prendió además al arzobispo de Toledo D. Pedro Tenorio y al obispo de Osma don Pedro Castilla, y negó la posesión y ocupó las temporalidades á D. Pedro Luna, nombrado arzobispo de Toledo por su tío Benedicto XIII.

Don Juan II puso preso al obispo de Palencia don Gutierrez de Toledo.

Los Reyes Católicos por excelencia, no fueron más considerados que sus antecesores con las cosas y personas sagradas, cuando de la jurisdicción civil y de los derechos de la majestad se trató en las diversas cuestiones habidas con la curia romana á causa de la provisión de mitras y piezas eclesiásticas.

Como D. Andrés Martínez fuese nombrado por Sixto IV obispo de Tarazona, el rey, contra cuya voluntad se hizo el nombramiento, mandó á Martínez renunciar su sede, so pena de proceder de manera que á él fuese castigo y á otros ejemplo.

Cuando el Papa nombró para el obispado de Salamanca á D. Diego Melendez y no á la persona presentada por la corona para aquella silla, Isabel la Católica mandó á su embajador en Roma que hiciera por obtener la renuncia del nombrado, y que dijese á Su Santidad «que nos dé ocasión á que mandemos á dicho Diego Melendez la enmienda que en tal caso se debe tomar, y darle el castigo que tan grande crimen contra Nos cometido y tan feo mercesce, lo cual á Nos será forzado hacer porque á otros sea escarmiento si Su Santidad no provee como luego deje dicha iglesia.»

La provisión de la silla de Cuenca hecha en Rafael Galeoti, sobrino de Sixto IV, contra los deseos de Isabel I, que la quería para su capellan y obispo de Córdoba, Alonso de Búrgos, dió motivo á una ruptura de relaciones tan extremadas, que los reyes Católicos mandaron á todos sus súbditos salir de Roma, y al nuncio Centurion evacuar los dominios españoles. Los mismos reyes, con ocasión de los alborotos promovidos por el arzobispo Carrillo, secuestraron los derechos y rentas de la mesa arzobispal, y previniendo las censuras canónicas que pudieran sobrevenir, escribían á la justicia de Toledo que «si excomunionen ó entre dichos tentaren de poner non dedes lugar á ello, pues non son jueces nin tienen poder para ello. E para lo resistir os justareis todos con Gomez Manrique, corregidor, al cual mandamos que proceda contra los que tal tratan de hacer é guardar.»

Como el Papa Julio II publicase en los Estados de Nápoles un breve que atentaba á los fueros de la autoridad civil, Fernando el Católico escribió al virey, conde de Ribagorza, una durísima carta en la cual se mostraba mucho maravillado y malcontento por la debilidad con que el conde dejó hollar las preeminencias reales: el rey mandaba además ahorcar al cursor del Papa. (1)

Todos los oidores y presidente de la chancillería de Valladolid fueron tambien por aquellos tiempos destituidos de sus cargos, por haber defendido mal los derechos de la corona, admitiendo apelacion para ante Roma en un caso que correspondía á la jurisdicción real ordinaria.

El católico rey y apostólico emperador D. Carlos trató á los Pontífices romanos con igual fiereza que trató á sus enemigos.

Rebelde á la autoridad papal, intentó tambien rebelar contra ella á los cardenales, excitando al Sacro Colegio para que convocase el Concilio universal si el jefe de la Iglesia lo difería. Y no contento con injuriar gravemente á Clemente VII por haberse apartado de su partido y puesto del lado de la liga formada contra el Imperio hispano-aleman, dispuso y aperebió por medio del duque de Sessa y de Hugo Moncada, un gran motin popular al cual ayudaron tropas y bandidos entrados en Roma: el Vaticano, la basílica de San Pedro y los palacios de los ministros fueron atacados y saqueados: el Santo Padre tuvo que buscar refugio tras las murallas de San Angelo, y se vió precisado á separarse de la liga como el Emperador queria.

Pero Carlos I, cuyo genio no se detenía ante obstáculos humanos ni divinos, llevó su audacia hasta el punto de atribuirse facultades puramente espirituales y hacer definiciones relativas al dogma y disciplina de la Iglesia. No otra cosa fué el célebre Interim. Enojado porque el Papa trasladó á Bolonia el Concilio comenzado en Trento, el Emperador no reconoció por válido ni acató lo que se hiciera en Bolonia, y adoptó y publicó una declaracion que deter-

minaba cual habia de ser la religion del Santo Imperio mientras durasen tales circunstancias. Carlos I procedió en esto como jefe espiritual de sus dominios, puesto que daba al Interim fuerza obligatoria sobre las conciencias de sus vasallos; pero aun hacia más, y era crear, bien que provisionalmente, una nueva secta y un nuevo dogma no conformes ciertamente con la ortodoxia católica, porque transigia con parte muy principal de la doctrina luterana, formando con ambas una religion mixta. (1) De suerte, que el implacable perseguidor de la heregia y de la reforma fué en esta ocasion tan reformador y tan hereje como Lutero: más que Lutero, puesto que consideraba las creencias teológicas como cosa sujeta á la variedad de las circunstancias políticas.

Verdad es que el emperador no fué siempre enemigo sistemático de los protestantes. Era tolerante con ellos cuando convenia á sus miras diplomáticas, ó necesitaba de sus excelentes servicios para empresas militares contra principes cristianos, como el rey de Francia, y contra los mismos Papas, como en el asalto de Roma. Horrible acontecimiento, sacrilegio nefando en el cual anduvo la mano del Emperador.

Invasión la Ciudad Eterna por una nube de soldados sin otro freno que su espada, sin otra disciplina que su voluntad, y sin otro consejo que el del hambre que les arrojaba de las campiñas de Lombardia y del Milanésado; abiertos los espléndidos palacios de los nobles y de los principes de la Iglesia á la codicia de aquellos mercenarios no pagados durante muchos meses: saqueados los templos, violadas las sepulturas, paseados en asnos los cardenales y obispos y rifados entre una soldadesca que buscaba el precio del rescate; pasados á cuchillo los guardias papales bajo las naves de San Pedro, convertidos en campo de batalla y de muerte el Vaticano, y los monasterios en lecho de lujuria de aquella turba embriagada por el triunfo y por el vino; preso entre los arcabuceros del rey católico el vicario de Cristo mientras los protestantes aclamaban Papa á Lutero entre los aplausos y vítores de los tercios castellanos; tal es el cuadro donde se escribió una página de la historia piadosa de nuestros ante pasados.

El Emperador hizo en público grandes demostraciones de pesar por estos sucesos y rogativas porque acabase pronto el cautiverio de Su Santidad; pero no es aventurado afirmar que el Papa le hubiera agradecido más una orden que le devolviera la libertad y las plazas de los Estados Pontificios que Carlos I retuvo en su poder.

El mismo rey escribia en otra ocasion á su embajador en Roma, D. Diego Hurtado de Mendoza, que «pues el Papa no le ayudaba en la guerra que intentaba contra los protestantes, llevaria en primera fila al nuncio y al legado para que diesen ejemplo á otros y viesen el efecto que hacian con sus bendiciones.» Por último, en los primeros tiempos de su reinado, la espada de su justicia se tiñó en la sangre de un ministro del altar, el rebelde obispo de Zamora, Acuña, bien que en este caso el emperador procedió muy santamente, pues despues de ahorcar y enterrar á su ilustrísima, pidió con humildad la absolucion papal por haber hecho justicia en un prelado de la iglesia.

El tipo ejemplar de los políticos devotos y de los devotos intransigentes, Felipe II, mostró tambien en ocasiones menos inflexibilidades religiosas de la que le atribuyen los amantes de las tradiciones clásicas.

Siendo rey de Nápoles y los Países-Bajos dió asilo en sus dominios á los Colonnas, excomulgados y perseguidos por Paulo IV, y además les proporcionó armas y recursos para hacer la guerra al Papa. Y él mismo se la declaró despues, aunque aconsejado, para descargo de su conciencia, de una junta de teólogos, que dijeron ser lícito guerrear contra el Rey de Roma. Esto hacia públicamente mientras de secreto alentaba á su hombre de confianza y virey el duque de Alba, cuyo fiero natural no necesitaba espuelas, para que escribiese al Papa cartas insolentísimas (2) y dirigiera sus ejércitos sobre Roma, amenazándole con los horrores de un nuevo asalto.

Entre las primeras medidas financieras que adoptó Felipe II al posesionarse de la corona de España, figuran dos muy notables. Fué una la de apoderarse de la mitad de las rentas eclesiásticas contra la voluntad del Papa, que habia revocado expresamente aquella concesion hecha á otros reyes; fué otra la de legitimar, mediante cierto extintivo, á los hijos de los clérigos, otorgándoles además cartas de hidalguía.

Mientras hacia arder en las hogueras de Valladolid á los herejes españoles, protegía á los de Inglaterra; y, comprendiendo que allá era impopular el rigor que su mujer la reina Maria empleaba contra los protes-

tantes, predicaba la tolerancia, abogando eficazmente por ellos.

Y como quiera que el Papa tratara de excomulgarle y de poner en entre dicho á España, Felipe decia desde Londres á su hermana la regente que no estaba obligado á guardar lo que el Sumo Pontífice proveyese, y que mandara á sus súbditos que «ho guarden entre dicho ni otras censuras porque todas son y serán de ningún valor, nulas é injustas»; encargando además que «se haga grande y ejemplar castigo en las personas que trajeren las censuras, pues ya no es tiempo de más disimular.»

En otra ocasion escribia al virey de Nápoles, manifestándole enojo «por haber disimulado y pasado tan livianamente» que Roma introdujera en los Estados españoles novedades que recaian en perjuicio de la jurisdicción y preeminencias reales. Y le ordenaba restituir las cosas á su anterior estado, «sin réplica ni escusa», y castigar severa y ejemplarmente á los que fueren osados á usar breves sin el pase régio.

En conclusion, este rey tan beato no tuvo reparo en pedir la mano de Isabel de Inglaterra, gran protectora del protestantismo, y España hubiera tenido reina hereje en pleno reinado de Felipe II, si la hija de Ana Bolena y Enrique VIII no se resistiera á sacrificar la libertad de su impura soltería.

Así procedieron con la Iglesia y los ministros de Dios aquellos dos reyes cenobitas, que murieron en la austera estrechez de la celda monacal.

(Se continuará)

LOS DE LA TARJETA

DIGNOS SERVIDORES DE LOS CLERICALES

Desecho de la tasca y de la trena, frutos de horca, parásitos del vicio, zánganos cuyo único ejercicio fué zumar del burdel en la colmena.

Encontrásteis al fin digna faena, y en ella el mejor gage del oficio, pudiendo distraer en su servicio la nostalgia del grillo y la cadena.

Sois ya secuestradores con patente, y Melgares y Vizcos numerados, periódicos robais tranquilamente.

Mas no vivais por eso confiados, que es el papel del cáñamo pariente y estais por el segundo reclamados.

ADVERTENCIA IMPORTANTE

Hemos puesto á la venta la popular obra del célebre Eugenio Sué, *El Judío Errante*.

Véndese á NUEVE pesetas, TRES cada tomo, rebajando á los suscritores directos á EL MOTIN el 25 por 100.

Por lo mucho que la obra vale, y por publicarla hoy que España es victima del jesuitismo que el ilustre Eugenio Sué combate en ella enérgica y valerosamente, está obteniendo un gran éxito.

Los pedidos á esta Administracion; pago adelantado.

LIBROS EN VENTA

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edicion.—Precio: Una peseta.

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS para que los malos se espanten y los buenos perseveren, ó sea recopilacion extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manojos de flores místicas* publicados por EL MOTIN.—Cuatro partes á peseta cada una.

COMENTARIOS A LA BIBLIA (EL CITADOR), escrito en francés por Pigaul-Lebrun. Version castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M. Obra interesantísima.—Una peseta.

AQUELLOS TIEMPOS por D. Miguel Morayta, catedrático de la Universidad Central. Obra excomulgada. Dos pesetas.

LA RELIGION AL ALCANCE DE TODOS por R. H. Ibarreta. Esta extraordinario éxito ha alcanzado y que ha sido CUATRO VECES EXCOMULGADA, consta de dos tomos, que se venden cada uno á peseta.

ACICATE DE LA ALEGRIA Coleccion de cuentos, epigramas y frases ingeniosas; todo escogido.—Una peseta.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MELANCOLIAS Precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenas caricaturas al cromó.

DE LOS JESUITAS Compendio de las lecciones que dieron en el Colegio de Francia los ilustres escritores democratas Michelet y Quinet, con un extenso prólogo de Don Luis Barthe. Precio: dos pesetas.

LO QUE NO DEBE DECIRSE por José Nakens.—Precio: 2 pesetas.

EL PORVENIR DE GALICIA por Emilio Saco y Brey. Este interesante folleto, donde se demuestran las condiciones naturales de tan bellísimo como olvidado pais, y se trata de las reformas que debe sufrir para su prosperidad y engrandecimiento, se halla de venta en esta Administracion al precio de UNA PESETA.

MADRID.—Imp. de E. Saco y Brey, Divino Pastor, 12.

(1) Hé aquí algunos párrafos de esta notabilísima carta firmada por el conquistador de Granada.

«Estamos muy determinados, si Su Santidad no revoca luego el breve y los autos por virtud de fechos, de le quitar la obediencia de todos los reinos de la corona de Castilla y Aragon, y de hacer otras provisiones convenientes á caso tan grave y de tanta importancia.

Y vos faced extrema diligencia por hacer prender al cursor que vos p esento el dicho breve, si estuviere en ese reino; y si le pudiereis haber, faced que re unie y se aparte, con auto, de la presentacion que fizó del dicho breve, y mandadle luego ahorcar.

Pues vedes que nuestra intencion y determinacion en estas cosas es que de aqui en adelante por cosa del mundo no sufras que nuestras preeminencias reales sean usurpadas por nadie.

Otro si: luego en llegando este correo, proveereis en poner buenas personas fieles y de recaudo en los pasos de la entrada de ese reino, que tengan especial cargo de poner mucho recaudo en la guardia de los dichos pasos, para que si algun comisario ó cursor ó otra persona viniera á ese reino con bulas breves ó cualesquiera escritas apostólicas de agravacion ó entre dicho ó de otra cualquier cosa que toque al dicho negocio directo ó indirectamente, prendan á las personas que los trujeren, y tomen las dichas bulas ó breves y rescriptos, y vos los traigan: de manera que no se consienta que las presenten ni publiquen ni fagan ningun otro auto acerca de este negocio.